

# Una sublime sencillez

Pedro M. Domene

LA valoración crítica de la cuentística de Antonio Pereira (Villafranca del Bierzo, León, 1923) en estos últimos años no ha hecho sino justificar su inequívoca presencia en el panorama literario español y, aún más, como -señala José Carlos González Boixo- su valoración debe hacerse en relación con los años en que se editan sus primeros libros, es decir, la década de los sesenta, sobre todo ese largo período que abarcaría los últimos treinta años desde que en 1967 aparece *Una ventana a la carretera* hasta el año 2000 en que, por el momento, se publican sus *Cuentos de la Cábila*.

La edición de *Recuento de invenciones* (2004) actualiza y pone de manifiesto que los cuentos seleccionados, de un total de ocho colecciones de libros publicados, corresponden a uno de los autores más destacados del género en la actualidad. Desde la sorpresa misma que supuso la publicación de *Una ventana a la carretera* -señala González Boixo- con una visión diferente sobre el relato y nuevas técnicas narrativas o la superación del realismo en su siguiente colección, *El ingeniero Balboa y otras historias civiles* (1976); un cierto compromiso social y algo de modernidad contenían sus *Historias veniales de amor* (1978), hasta llegar a *Los brazos de la i griega* (1982), síntesis de las tendencias posteriores que caracterizarán a sus futuros cuentos y, entre otros aciertos, esa vuelta a la oralidad y la presencia del humor como una característica que ya no abandonará Pereira en su escritura. *El síndrome de Estocolmo* (1988) aparte del reconocimiento oficial que le otorgó el premio Fastenrath de la Academia y su difusión, muestra una mayor implicación del autor, hasta el punto de que el lector percibe que la voz del narrador, en primera persona, coincide con el propio escritor, ofreciendo así una complicidad fácilmente perceptible entre el emisor y receptor. *Picassos en el desván* (1991) es una colección de relatos mucho más amplia en número de relatos y más ambiciosa, aunque también característica por la brevedad en la extensión de los mismos; sin llegar a ese concepto esgrimido hoy de microrrelato, algunos no superan apenas la página con lo que la intensidad de los mismos gana, como el propio autor ha afirmado, puesto que se llega a proponer una historia sin llegar a contarla. Y dos colecciones más se sumarán a la producción del leonés, *Las ciudades de Poniente* (1995), libro enmarcado en la misma línea narrativa que el anterior y *Cuentos de la Cábila* (2000), una

especie de memoria personal con la que el escritor repasa buena parte de su niñez y juventud. El autor recrea ese tiempo lejano y recupera para el presente eso que podríamos calificar de una ficción real donde destacan algunas vivencias y unas anécdotas no menos curiosas.

Los cuentos de Pereira, en general, se pueblan de esas miradas alrededor que transmiten las situaciones y las descripciones de más hondura de la narrativa breve castellana. El humor y la ironía que contienen muchos de estos relatos deja paso a planteamientos mayores y en ningún momento el lector deberá averiguar el por qué o la razón de la existencia de estos personajes que se ven seducidos por los imperativos de la vida; las suyas son las aspiraciones y las sorpresas de gentes sencillas, cuyas experiencias y obsesiones desembocan en tenues insinuaciones. La prosa, precisa, de Antonio Pereira se transmuta en una propuesta de sencillez sublime, en tanto que, se consigue percibir la realidad de unas vidas a través de una tendencia realista como la que practicaron los principales autores de la postguerra, española, aunque lejos de esas actitudes patéticas de un humorismo convencional, porque en el caso de Pereira hay que hablar más de un cariñoso trato de vecindad con sus personajes para tratar algunos de los temas predilectos del escritor. *Recuento de invenciones*, en la espléndida edición de José Carlos González Boixo, permite recuperar y presentar a uno de los maestros de la narrativa breve española de los últimos años.